

## CAPITULO XXV.

## Hernan Cortés visita á Moctezuma.



ESPUES de recorrer algunas calles, llegaron los españoles á la gran plaza en donde se levantaba el palacio de Moctezuma.

A la sazón se reflejaban los rayos del sol sobre los jaspes negros, rojizos y verdes, de que estaba formada su fachada, presentándose á la vista de los españoles como un edificio formado de piedras preciosas.

Sobre la puerta principal de la fachada estaban las armas de los aztecas, que consistían en un grifo, medio águila y medio leon, en actitud de volar con un tigre en las garras.

Al llegar á la puerta, los maestros de ceremonias que guiaban á los españoles se detuvieron.

Formaron un semicírculo, y despues fueron penetrando de dos en dos.

Esta ceremonia la verificaban por considerar una falta de respeto el entrar todos juntos y en tropel en el palacio de su soberano.

Los españoles imitaron su ejemplo, entraron en el patio, pasaron á otro y luego á otro, llegando al fin al cuarto, que abría paso á las habitaciones que ocupaba el emperador.

Para completar la descripción que de la ciudad de México hemos ofrecido en otros capítulos anteriores á nuestros lectores, añadiremos que el pavimento de las habitaciones en donde re-

sidia el soberano estaba cubierto con esteras de palma de distintos colores, formando caprichosos dibujos.

Las paredes se hallaban cubiertas con telas de algodón y piel de utia.

A medida que las habitaciones estaban más próximas á las que ocupaba el emperador, crecía la riqueza de los adornos.

Las telas de algodón se hallaban reemplazadas con tejidos de pluma.

Los techos eran de ciprés, de cedro y de otras maderas olorosas.

En cada una de las habitaciones que encontraban al paso había numerosos criados, vestidos con lujo gradual, de menor á mayor.

Al penetrar en la antecámara de Moctezuma, salieron al encuentro de los españoles los altos dignatarios que habían acompañado al emperador.

Allí manifestaron á Hernan Cortés y á sus capitanes que no era permitido entrar en la cámara del monarca con calzado de ningun género.

Los españoles se descalzaron para obedecer á la costumbre establecida, y reemplazaron algunas de las prendas que vestían por otras más humildes.

Se tenía por irreverencia en aquel país presentarse al monarca con pretensiones de ostentación.

Dos de aquellos personajes entraron en la cámara á anunciar al emperador la llegada de sus huéspedes.

No tardaron en volver con la licencia para que penetrasen en la estancia.

Estaba Moctezuma de pié junto á su sólio, adornado con todas las insignias de su grandeza y poderío.

Al ver á Hernan Cortés se adelantó algunos pasos para salir á su encuentro.

Le tendió primero la mano, y despues le abrazó con efusión.

En seguida saludó á los demas españoles.

—Os agradezco en extremo, dijo Moctezuma á Hernan Cortés, que hayais venido tan pronto á visitarme.

Cuanto más os contemplo, más me confirmo en la creencia de que sois descendientes del gran Quezalcoal, hijo del fundador de nuestra raza, el gran Topilzin; y por lo mismo, la estimacion que os profeso es cada vez mayor.

Sentaos, sentaos junto á mí.

Cortés obedeció en medio del asombro de los mexicanos.

Hasta entónces, ni aun á los mismos príncipes de su sangre habia consentido Moctezuma que se sentaran en su presencia, cuando los recibia acompañados de su córte.

La distincion que hizo con Hernan Cortés aumentó el prestigio que aquel hombre habia adquirido ya á los ojos de los mexicanos, puesto que veian al indomable, al orgulloso soberano de México tratarle poco ménos que á un ídolo.

Desde que tengo noticia de vuestra llegada á mis dominios, prosiguió Moctezuma, un vivo deseo hay en mi alma.

¿Teneis el mismo origen que nosotros?

—Es cierto que el gran Quezalcoal fué á la region de donde venís, fundó una nacion poderosa, y os encargó que andando el tiempo vinierais á traernos noticias tuyas?

Hernan Cortés, que conocia la tradicion, por habérsela referido Marina, contestó afirmativamente:

—Nuestro rey, dijo, descende en línea recta del hijo de vuestro progenitor, y por eso hemos traído para vos sentimientos de verdadera amistad.

—Habladme, habladme de vuestras costumbres.

—No vivimos allí en medio de un esplendor, de un fausto como el que os rodea, como el que se descubre en vuestro palacio, y no solo en vuestro palacio, sino en vuestra ciudad.

Allí los que adoramos al verdadero Dios, guardamos todas las magnificencias para sus templos.

Nuestras casas son más humildes.

En vez de emplear el tiempo en la molicie, lo empleamos en la guerra.

Dominamos las fieras.

Hacemos que los caballos obedezcan.

Hacemos lanzas y espadas, con las que combatimos, y hemos logrado poseer armas que llevan la muerte instantánea á nuestros enemigos.

Oia Moctezuma con creciente interes las noticias que para satisfacer su curiosidad le daba el caudillo de los españoles, y aprovechando éste la buena voluntad que manifestaba el emperador:

—Yo confio, le dijo, en que vuestra amistad será muy duradera, en que reconocereis como vuestro al príncipe que me envia á visitaros.

Pero para captaros su voluntad, para adquirir por completo su estimacion, es necesario que no le obligueis, ni nos obligueis á obtener por la fuerza lo que de grado queremos conseguir.

—¿Qué quereis decirme con eso? preguntó Moctezuma con recelo.

—Quiero llamaros la atencion sobre los ritos con que honrais á vuestras divinidades.

Vos, emperador, poseis un alma noble y generosa.

Teneis inteligencia superior.

Vuestros ojos lo revelan así.

¿Par qué consentís que en las aras de vuestros templos sean inhumanamente sacrificados hombres sobre cuya vida no teneis derecho alguno?

—Son nuestros enemigos, son nuestros prisioneros de guerra, y en el mero hecho de caer en nuestro poder la suerte les condena al sacrificio.

—Horrible atentado contra la naturaleza, contra el sublime creador de todo lo que existe! Pero si es horrible el espectáculo

lo que ofreceis diariamente por medio de esos ritos sacrílegos á vuestros vasallos, más horroroso es aún el destino que dais á los palpitantes miembros de los infelices que perecen, sirviéndolos como manjares en los festines á que os entregáis.

Meditad un momento sobre estos actos de barbarie, de crueldad y os convencereis de que es más justo, más grande, más digno á la adoracion el Dios que dice á las criaturas:

«No teneis derecho para atentar á la vida de vuestros semejantes.»

Estas palabras produjeron honda mella en el emperador.

—Yo no renuncio á mi religion, exclamó; hartos enojados están mis dioses para que les retire el culto que les debo.

Pero vuestras razones me convencen.

No me es posible poner término á los sacrificios que constituyen el fundamento de nuestra religion.

No puedo tampoco prohibir á mis vasallos que devoren las víctimas; pero yo os ofrezco desterrar de mi mesa esos manjares

Hoy tengo preparado para vos, y para los vuestros un banquete en mi palacio.

Voy á dar orden inmediatamente para que desaparezcan del festin esos platos que tanto os horrorizan.

Puesto que habeis de estar algun tiempo en mi compañía, visitad mi ciudad, contemplad todas sus preciosidades.

El príncipe de Iztacpalapa y el de Tezcucó os acompañarán para que nada os quede que ver.

Despues volveréis á mi palacio, donde os aguardaré para comer en nuestra compañía, y conoceréis entónces á toda mi familia, á mis mujeres y á mis hijos.

Quiero que os convenzais de que la amistad más profunda y más sincera existe en mi corazon para vos.

Apénas terminó estas palabras, mandó llamar á Quetlahuaca y á Cacumatzin, y les dijo:

Enseñad mi ciudad á los extranjeros, y despues de haberla visto tornad á mi palacio.

El caudillo de los españoles comerá á mi lado.

Vosotros obsequiareis á sus capitanes en la misma estancia, aunque en distinta mesa.

Tal era el ceremonial que por nada del mundo lo hubiera alterado Moctezuma.

Los príncipes guiaron á los españoles hasta la puerta principal del palacio, y al llegar se acercaron multitud de indios con literas y palanquines adornados con flores y follaje.

Cacumatzin y Quetlahuaca rogaron á los españoles que se dejaran conducir en aquellos vehículos.

Estos á su vez subieron á los palanquines de gala en que habian sido conducidos á palacio, y la comitiva se puso en marcha en medio de espesas filas de curiosos que no cesaban de admirar á los extranjeros.

## CAPITULO XXVI.

**Mas sobre la ciudad de México.**

**P**RÓXIMO á la plaza en donde se levantaba el palacio de Moctezuma, habia otro no ménos grande que se llamaba de Tlateluco.

Hallábase rodeado de un magnífico pórtico, bajo el cual depositaban todos los días los mercaderes de la ciudad los objetos que ponian á la venta.

—¿Qué plaza es esta? preguntó Hernan Cortés á su intérprete.

—Es el mercado, le contestó.

—¿Qué objetos son los que venden en esas tiendas?

—En unas hay adornos de plumas formados con las de las aves que se crían en los bosques. En otras joyas de oro y plata cadenas extraordinarias formando sus eslabones cabezas y cuerpos de animales, molduras, relieves y otra porcion de objetos preciosos. Allí están los tejidos de los telares de Tezcuco, formados con algodón y pelo de tlalcoyott y otras sacadas del maguey y de la palma.

—¿Y aquellos mármoles?

—Se crían en las canteras de calpolalcan. Cerca se hallan los alabastros de Telalco.

En otro sitio habia pintores que vendian paisajes y cuadros en los que las figuras se movian.

Hallábanse tambien á la venta búcaros y piezas de vajilla

de un barro tan fino, que se asemejaba al que se conoce con el nombre de china.

Al mismo tiempo que fijaban sus ojos los españoles en aquellos objetos, llamaba su atencion una especie de canoas grandes que surcaban los canales y en las que llevaban á los mercaderes flores, frutas y otra porcion de mercancías.

—Son las piraguas, dijeron á Hernan Cortés al preguntar qué eran aquellas embarcaciones.

—¿Qué significa aquella tienda grande de madera que hay en el centro de ese patio?

—Es la audiencia.

En ella están los jueces del mercado encargados de procurar que no se cometa ningun fraude por los mercaderes.

—¿Y cómo se hacen las compras y las ventas?

—Por medio de cambio.

Cada cual da lo que le sobra por lo que ha menester.

El maíz y el cacao sirven de moneda para los objetos de escaso valor.

—¿Cómo se arreglan para fijar la cantidad de lo que venden?

—Por medio de medidas de capacidad.

Todas estas noticias admiraban en extremo á los españoles.

Vieron tambien bajo los pórticos unos establecimientos muy semejantes á nuestras botillerías, boticas y perfumerías, espléndidamente adornados.

Las perfumerías constituian uno de los principales ramos del comercio.

En ellas se encontraban todos los perfumes que tanto agradaban á los mexicanos, y en las boticas los bálsamos y ungüentos con que curaban sus enfermedades.

Una de las principales panaceas era la acacia americana y la tecanaca, planta que consideraban como un talisman contra la fascinacion.

Después de abandonar la plaza recorrieron algunas calles

principales, admirando el buen gusto y la magnificencia de sus edificios.

—Voy á llevaros, dijo el príncipe de Iztacpalapa á Hernan Cortés, al templo mayor, al teocali de Huitzilopoztli.

Los españoles visitaron aquella mansion sagrada del Dios de la guerra.

Aun cuando hemos dado una idea de este templo, creemos que no disgustará á nuestros lectores una descripción más detallada de él.

Hallábase dentro de una gran plaza, cerrada por una muralla de piedra y sillería.

Esta muralla estaba adornada en su parte exterior por culebras encadenadas unas á otras cuyo aspecto era horroroso.

Antes de llegar á la puerta principal habia un humilladero de piedra con treinta gradas, que conducian á una azotea, en la que habia muchos troncos de árboles.

Estaban estos taladrados, y de uno á otro habia unas barillas, en las que se colocaban las cabezas de las víctimas que se sacrificaban á los dioses.

En el centro de la azotea se hallaba el edificio del templo con cuatro puertas á los vientos cardinales.

En la parte superior de las portadas habia cuatro estatuas de piedra.

En la parte interior estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio.

Sobre el edificio habia otra gran azotea, á la que se subia por una escalera de ciento treinta gradas.

El pavimento de esta azotea estaba embaldosado con jaspe.

Al final de la escalera que conducia á esta azotea habia dos grandes estatuas, una á cada lado.

Cada una de ellas tenia un gran candelero.

A pocos pasos de la entrada se levantaba una piedra verde

que acababa en punta, sobre la que colocaban las espaldas de la víctima en el momento en que se le arrancaba el corazón.

Enfrente de esta piedra habia una especie de capilla con una coigadura de algodón; en la capilla, sobre un globo azul, al que llamaban cielo, estaba el ídolo á quien se hallaba consagrado el templo.

Tenia en la cabeza un penacho de plumas que formaban un pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido.

El rostro del ídolo era sumamente horrible, y le afeaban más dos fajas azules que tenia, una sobre la frente y otra en la nariz.

En su diestra ostentaba una culebra ondulosa, que le servia de cetro, y en la izquierda, sobre una rodela con plumajes blancos, cuatro flechas que adoraban los mexicanos, porque aseguraban que las habia traído el ídolo.

A la izquierda de esta capilla se levantaba otra de la misma altura, en donde estaba el ídolo Tlaloch, semejante al que acabamos de describir.

En las paredes de las capillas habia joyas y piedras preciosas de gran valor.

Desde allí pasaron á los santuarios de las demas divinidades, y despues de visitar los templos, recorrieron los palacios destinados, como habrán visto nuestros lectores en la descripción que en uno de los anteriores capítulos hicimos de México, unos á arsenal, otros á los hombres deformes del imperio, otros á las aves domésticas, otros á las de rapiña y otros á las fieras.

Era asombrosa la organizacion de estos establecimientos, á la vez de recreo y de utilidad.

Los españoles estaban fascinados en presencia de aquellas maravillas.

Despues de un paseo regresó la comitiva al palacio de Moctezuma, y dadas por éste las órdenes convenientes, fué servida una espléndida comida á los extranjeros.